



Capítulo 1865

Cristal Refinador del Cielo

El Patriarca Gu, del Clan Gu Inmortal, se encontraba en su recámara aislada, inmerso en un profundo cultivo. El flujo de Qi a su alrededor era constante, su respiración sincronizada con el universo mismo. Cada inhalación refinaba su poder y cada exhalación expandía su control sobre las energías profundas del mundo.

Pero en un instante esa armonía se hizo añicos.

Un fuerte y urgente golpe estalló contra su puerta, con una fuerza tan estremecedora que provocó ondas en el Qi de la cámara. Abriendo los ojos de golpe, con un destello de irritación en su rostro. ¿Quién se atrevería a molestarlo mientras cultivaba? Con un movimiento de sus mangas, la puerta se abrió de golpe, y antes de que el individuo de afuera pudiera siquiera entrar o pronunciar una sola palabra, la voz del Patriarca Gu estalló como un trueno, resonando por los pasillos con furia desenfrenada.

"¡Será mejor que tengas una buena razón para perturbar mi cultivo o te arrojaré a los perros!"

Su mirada penetrante se fijó en la figura temblorosa que tenía delante, asfixiándolo con su presencia.

El sirviente cayó de rodillas de inmediato e informó con voz temblorosa: "¡Este humilde sirviente tiene noticias urgentes! ¡El Jade de Vida Vinculada al Alma de los dos guardias de la Tumba de Han Zexian acaba de romperse! ¡Los guardias han sido asesinados!"

"¡¿QUÉ?!" El patriarca Gu se puso de pie al instante, en shock, con la incredulidad escrita en todo su rostro.

Tras el incidente, los Clanes Inmortales expulsaron a todos de la Tumba de Han Zexian, sellándola para que solo pudieran entrar las personas autorizadas. En otras palabras, la muerte de los guardias no fue accidental, y solo había un individuo que podría haberla causado.





—¡Ese bastardo, por fin dejó de esconderse y salió de su madriguera!
—La voz del patriarca Gu resonó por la cámara, con una furia palpable.

Mientras hervía de ira, una extraña sensación le recorrió el brazo izquierdo: la misma extremidad que Tian Yang le había cercenado en su último encuentro, que finalmente logró sanar con tesoros. Sin embargo, incluso tras recuperarse por completo, a menudo sentía un dolor fantasma en el lugar en el que Tian Yang la había cortado, un recordatorio constante de su humillación.

Desafortunadamente para el Patriarca Gu, Tian Yang ya había abandonado la Tumba de Han Zexian hacía mucho tiempo, algo de lo que se dio cuenta incluso antes de entrar en la tumba, donde podían verse, en el suelo, los cuerpos sin vida de los guardias que vigilaban la entrada.

Además, grabadas en la misma tierra donde habían caído los guardias estaban las siniestras palabras: "He regresado para matarlos a todos".

En el instante en que la mirada del Patriarca Gu se posó en esas palabras, una sensación escalofriante lo invadió. No eran simples amenazas: latían con una intención asesina pura y desenfrenada, tan densa que parecía impregnar el entorno, tiñendo el aire de malicia. También podía sentir el profundo odio incrustado en cada golpe, como si Tian Yang hubiera grabado el mensaje no solo en la tierra, sino en las almas de quienes lo leerían.

A pesar de saber que Tian Yang ya no estaba dentro de la tumba, el Patriarca Gu entró y viajó a la montaña. Quería confirmar si la puerta estaba abierta ahora que Tian Yang había salido. Desafortunadamente para él, las puertas se cerraron poco después de que Tian Yang se fuera.

Abandonó la tumba poco después y se puso en contacto con los otros Clanes Inmortales, notificándoles el regreso de Tian Yang.

"..."

Después de un sueño profundo, Yuan se despertó con una mirada perpleja en su rostro.

"¿Por qué vi al Patriarca Gu en ese sueño?" murmuró en voz alta.



Creyó estar evocando los recuerdos de Tian Yang, pero de ser así, no habría podido ver la reacción del Patriarca Gu ante su regreso. Esto le hizo considerar la posibilidad de que no estuviera soñando con los recuerdos de Tian Yang, sino con otra persona. También cabía la posibilidad de que no estuviera soñando con recuerdos, sino con algo completamente distinto.

Sin embargo, Yuan no tenía idea de lo que podría ser.

Tras reflexionar un rato, finalmente dejó de lado sus pensamientos y centró su atención en el Cristal Refinador Celestial. Lo había estado alimentando con su sangre durante más de un año, y el cristal lucía muy diferente al que recogió hace un año.

Cuando lo descubrió, el Cristal Refinador Celestial era simple y carecía de rasgos distintivos. Era un cristal común e incoloro. Pero tras absorber su sangre durante más de un año, experimentó una profunda transformación. Su superficie, antes inerte, ahora brillaba con un vibrante espectro de colores, cambiando y pulsando como un ser vivo. Más allá de su apariencia, el cristal emanaba un aura única: una energía profunda que hacía que Yuan lo venerara inconscientemente.

"Está listo para pasar al paso dos..."

Después de mirar fijamente el cristal por un breve momento, presionó el cristal contra sus labios antes de empujarlo dentro de su boca, tratándolo como si fuera un caramelo.

A diferencia de las píldoras, el Cristal Refinador Celestial no se disolvió al contacto con su lengua. Sin embargo, Yuan no dudó. Con un solo movimiento deliberado, se lo tragó entero.

En el instante en que penetró en su cuerpo, una violenta reacción estalló en su interior. Una oleada de energía recorrió sus meridianos, abrasándolos como fuego divino, amenazando con desgarrarlo por dentro. Sus músculos se tensaron, sus huesos crujieron bajo una inmensa presión, y su alma tembló como si el cristal intentara refinarlo.

"¡Arrgh!", rugió Yuan, mientras un dolor insoportable lo atormentaba por completo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba semejante agonía. Era tan intenso que se sentía como si cada fibra de su existencia se desgarrara y se reforjara al mismo tiempo.





El Cristal Refinador Celestial, ahora parte de él, desató una tormenta incontrolable de energía. Sus meridianos se retorcieron y expandieron, su sangre hirvió como si la hubieran encendido las llamas del purgatorio, y su alma tembló.

Luchó, su cuerpo convulsionaba, el sudor corría como lluvia, pero ninguna resistencia podía calmar el absoluto tormento.

Pasaron las horas, aunque se sintieron como una eternidad. Su visión se nubló, sus fuerzas flaquearon y, finalmente, perdió la consciencia.

Sin embargo, incluso en la inconsciencia, el dolor no se desvaneció. Se aferró a él, una fuerza implacable que se negaba a concederle ni un momento de paz.

